

## PRÓLOGO

Aquella noche la oscuridad copaba todo a la vista. Las únicas luces eran las de las antorchas que portaban los hombres fuera de la ciudad amurallada. Los gritos extramuros tenían aterrorizados a madres e hijas que se habían quedado a salvo en el interior de la urbe. Los gritos pertenecían a los hombres de la ciudad. Padres, maridos, hermanos, tíos, primos... escultores, alfareros, herreros, talladores, constructores, cazadores y, si había suerte, soldados.

Cuando se prestaba atención al sonido de la batalla exterior, comenzaban a distinguirse otros sonidos además de los gritos. Se distinguía el sonido intermitente de los cañonazos, el entrechocar del acero de las espadas, el relinchar de los caballos asustados, las explosiones de un arma de fuego al dispararse repetidamente, el choque de las balas con las corazas y la carne. Había mil matices en los sonidos de la batalla, sobre todo si se estaba inmerso en ella. Solo algunos de los presentes podían prestar atención a esos detalles, otros empero, no podían permitirse ese lujo, y a su vez, otros tantos dependían de esos detalles.

Entre aquella multitud de cadáveres y de guerreros vivos, había un soldado enviado por la reina, aunque llamarlo soldado era un formalismo poco apropiado. Si alguno de los invasores hubiese sido del grupo de personas que podía permitirse el lujo de prestar atención a los detalles se hubiera percatado de su indumentaria. Iba con armadura, como los caballeros de más alto rango de la ciudad, sí, pero no era parte de los caballeros. La armadura no era uniforme en su distribución, las piezas de ésta diferían en formas y colores. Parecía que hubiese estado recolectando los pedazos intactos de las armaduras que dejaban abandonadas sus enemigos al morir en su última batalla. Una hombrera de acero gris, una placa para el pectoral derecho de hierro negro, una placa para el izquierdo de acero gris. Muchos colores, muchos materiales, y una sola armadura. Parecía un conjunto de ropa de cuero con varios

parches metálicos. Aquello hacía que la armadura fuera mucho más ligera que si fuera completamente de acero.

Aun a pesar de la extraña y dispar indumentaria, lo que llamaba más la atención, para el que pudiera tomarse el tiempo de apreciar los detalles, era un collar de hierro, grueso y grande, que resguardaba gran parte de su cuello y del que colgaba el eslabón de una cadena. Aquel collar era muy característico, tanto, que solo unos pocos en cualquier reino lo llevaban. En la parte posterior del collar había un agujero para una llave. Aquel collar era imposible de quitar sin dicha llave. Una llave que solo poseía una persona.

Ese collar pertenecía a los tristemente célebres *ensis catenatus*. Aquel grupo de personas, el cual solo contaba con un puñado de gente, eran en realidad esclavos guerreros. Gente de la alta nobleza, burguesía y hasta plebeyos con habilidades particulares que habían cometido un crimen contra la sociedad o sus gobernantes. Como castigo a ese crimen existían dos opciones: la muerte o la servidumbre. La mayoría elegían seguir viviendo al precio que fuera. No era raro que a un *catenatus* se le permitiera tener descendencia con otro esclavo para que sus hijos siguieran sirviendo a la familia gobernante si la deuda era demasiado grande como para pagarla en una sola vida... o si sus habilidades eran realmente singulares. En el último de los casos, lo habitual era imputarle más cargos para aumentar la condena.

Lynx era uno de los *ensis catenatus*. Aunque sus enemigos hubieran podido prestar atención a los detalles, solo hubieran sabido que tenía una estatura medianamente alta y un porte fuerte y ágil. No hubieran podido distinguir nada de su rostro, pues lo tapaba por completo una máscara metálica. En realidad era una especie de casco ligero, en cuyo rostro se había tallado y moldeado el semblante de un gran felino. Unos ojos grandes de cristal verde que miraban hacia delante con el ceño fruncido, unas orejas picudas y una extraña sonrisa felina eran los únicos gestos que dejaba ver la máscara en su fría superficie metálica. En la boca había una pequeña ranura para que el joven pudiera respirar.

La guerra entre ambas naciones había durado unos cuantos años, y la general Angali, sabiéndose en desventaja, intentó un último ataque desesperado a la capital con la intención de acabar con la campaña de un solo golpe final.

Alrededor del *ensis* yacían los cuerpos de varios de los invasores de Tilea. Las heridas por las que habían fallecido aquellos hom-

bres variaban de los agujeros de bala a los tajos de espada. En la mano izquierda, Lynx portaba una reliquia de cañón único con cargador de veinte balas; en la derecha llevaba una espada curvada y corta que manejaba con una soltura pasmosa. Al igual que cualquier *ensis*, era preciso con los disparos y letal en el cuerpo a cuerpo con su espada.

Cuando el silencio se fue adueñando del campo de batalla tras la muerte de la mayoría del ejército invasor, Lynx, que era uno de los pocos que podía apreciar los detalles de cuanto ocurría a su alrededor, vio a los lejos a sus compañeros, repartidos como setas en un campo de hojarasca en otoño. Onca estaba más adelante, donde la batalla había sido más cruenta, de sus *caestus* goteaba la sangre de sus enemigos. Los puños de acero llevaban hojas curvas en el dorso de la mano, que al cerrarla, daba la sensación de tener cuchillos largos entre los dedos de la mano, simulando unas grandes y afiladas garras. Pardalis estaba detrás, en lo alto de una colina, protegida por algunos guerreros. Con su reliquia, un rifle de larga distancia, había cumplido la misión de eliminar a las cabezas del ejército enemigo. Eran pocas las reinas que tenían entre su arsenal un rifle así. Las buscadoras de ruinas que traían las armas de fuego que desenterraban siempre las vendían a precios desorbitados, solo accesibles a las más ricas de cada ciudad o país. La dama de Umbria era extremadamente acaudalada, pues su ciudad se construyó sobre las ruinas de una gran ciudad de la antigua civilización de Plegia. Todas las buscadoras de ruinas de la zona debían entregarle un porcentaje de sus beneficios, además de entregarle las piezas más extrañas y poco habituales. La soberana entregaba entonces aquellas armas o instrumental útil a sus mejores *ensis* para que fueran más eficaces a la hora de cumplir sus respectivas misiones.

Cuando la batalla hubo acabado comenzó el estrepitoso griterío proveniente de los vencedores. Todo aquel que había sobrevivido a una batalla afirmaba que no había mayor sensación de plenitud y vida que la celebración tras sobrevivir a un combate. Aquel estallido de júbilo desmesurado pertenecía a los hombres libres, a la gente con familias que hoy les verían regresar a casa victoriosos. Ese placer les estaba vetado a los *ensis*, pues su vida pertenecía a otros, así como cualquier placer o beneficio, por pequeño que fuera este, o volátil, como lo era un simple grito tras una batalla. Por ello fue que no gritó ninguno de los guerreros con máscara. No

eran hombres. No tenían vida. Solo eran instrumentos de la gobernadora que servían para proteger su ciudad y mejorarla. Nada más.

La gente comenzó a dar la vuelta en el campo de batalla. Algunos recogían a sus conocidos caídos, otros ayudaban con los heridos, y otros simplemente corrían de vuelta al hogar bañados en sangre y mugre. Lo último que esperaba Lynx era oír lo que oyó.

Trompetas.

Centenares de trompetas sonando al unísono.

Las puertas de Umbria se abrieron y fueron atravesadas por un pequeño desfile, un gran fanfarria de luz, música y color.

La reina Umabis había salido de la ciudad.

Los motivos no importaban, los *ensis* no tenían más opción que salir a recibirla. Los tres que allí se encontraban salieron a su paso para recibirla arrodillados.

Umabis iba sentada en su gran carruaje abierto que le otorgaba una visión elevada y privilegiada del campo de batalla. Los caballos tiraban del carruaje mientras un par de esclavos los dirigían sentados delante de la reina. Los esclavos, por supuesto, iban mejor vestidos que si fueran aristócratas, pero todos sabían que eran los eunucos de la reina y sus mayordomos. Su gente de máxima confianza.

Cuando llegó ante los esclavos, el carruaje se detuvo. Los *ensis* miraron entonces al suelo, esperando sus órdenes.

Era una mujer hermosa, de mediana edad. Su pelo era negro como la noche y sus ojos también. Su piel era pálida, algunos dirían que casi transparente, pero también parecía brillar por sí misma. En definitiva, obviando los elaborados vestidos que solía llevar en público, era una mujer de una gran hermosura, que a la vez resultaba inquietante para los que la miraban. Como si al verla observaran el baile de las llamas mientras el fuego consume la madera. Una visión encantadora, pero peligrosa.

Se oyeron los pasos de la reina de Umbria mientras bajaba del carruaje y se acercaba a sus fieles esclavos guerreros. Se detuvo ante ellos y habló mirando sus armas en el suelo en señal de sumisión.

—Mis queridos mininos. Lo habéis hecho muy bien. El ejército de Tilea no ha sido rival para *vos*. Las estrategias de Pardalis han funcionado a la perfección. Onca y Lynx, también habéis hecho un trabajo excelente. ¿Ha caído la general Angali?

—Sí, *domina*. Aplasté su cabeza por accidente —dijo Onca a través de la máscara de metal.

—Onca... mi pequeño Onca. Sabías que la quería viva. ¿Recuerdas? Piensa en toda la información que tu ama acaba de perder por tu culpa... —Había una ligera nota de irritación en la voz de la reina Umabis, y aunque los esclavos hubieran podido mirarla a la cara directamente, no habrían percibido nada, pues su rostro era inmutable.

—Sí, *domina*. He sido negligente y me he dejado llevar por la emoción de la batalla. Suplico vuestras disculpas y vuestro castigo.

Onca se agachó aún más y apoyó la cabeza contra el suelo. Lynx sabía lo que significaba eso: diez latigazos y una semana en el pozo.

El pozo, aquel lugar donde los *ensis* vivían. Un lugar al que se accedía o que se dejaba escalando una pared vertical de doce metros de roca viva, húmeda y fría. Allí era donde dormían, donde les lanzaban la comida cada día, donde enviaban esclavas para calentarles el frío camastro si habían hecho bien su trabajo o donde los encerraban durante días o semanas si no habían cumplido con su misión adecuadamente. Más de un *ensis* se había vuelto loco dentro de aquellos oscuros y húmedos muros.

—Lynx, arriba.

El joven esclavo obedeció, interrumpiendo así todos sus pensamientos. La voz de Umabis era ley. Cuando ella llamaba, sus pequeños acudían. Así había sido siempre, y así sería.

—¿Sí, *domina*?

—Ha llegado la hora. En siete días el plan dará comienzo. Pensé que tendríamos un par de días más pero todo se ha apresurado más de lo que desearía ¿Podrás llegar a tiempo?

—Confíad en mí, *domina*.

—Lo haré, mi pequeño Lynx. Por eso te he confiado esta misión solo a ti. No me falles. Y parte ya. El Paso Susurrante está abierto, pero lo cerraré después de que lo atraveses. ¿Conoces el camino del rodeo que habrás de hacer?

—A la perfección, *domina*.

—Marcha ya, pues. Coge tu caballo y espera en Tilea. Siete días, ni más ni menos, Lynx, recuérdalo.

—Sí, *domina*.

Lynx asintió y se dio la vuelta, camino al establo cercano a su hogar. El Pozo. De allí saldría bien pertrechado y armado. Dormiría solo unas horas cada noche y marcharía antes del amanecer.

En cuatro días podía llegar al Paso Susurrante, y en tres a Tilea. La vuelta, sin embargo, sería más pesada. La *domina* cerraría el paso para no levantar sospechas, por lo que tendría que atravesar la Ciénaga del Sepulcro y el Bosque de los Aulladores. Terrenos duros y peligrosos. Iba a ser difícil salir indemne de aquello, por no decir vivo. Pero tenía su misión, la más importante de su corta vida, y la recompensa era demasiado alta como para fijarse en los riesgos. Su libertad le esperaba, y la conseguiría a cualquier precio, costase lo que costase...

## CAPÍTULO 1

—Despertad, princesa. Vuestra madre solicita vuestra presencia en la sala del trono —la voz de Klaus era, como siempre, melodiosa en el despertar, pero que no admitía réplicas.

Como cada mañana, el primer rostro que vio la princesa era el de su fiel mayordomo, un hombre alto y rellenito, ataviado de negro y blanco. Su calva era extensa y el poco pelo que le quedaba era blanco en su totalidad. En el rostro su gran bigote blanco ocultaba la parte superior de la boca, por lo que siempre parecía enfadado en estado neutro, pero que al sonreír le daba una forma divertida a su cara. Klaus extendió su enguantada mano y ayudó a la princesa Talis a levantarse.

Se dirigió al espejo caminando descalza para su preparación matutina. La gente del pueblo que la había visto en los diversos desfiles siempre alababa su belleza. Su cabello, del color de la tierra, estaba rizado en hermosos bucles que esa mañana aparecían desperdigados por toda su cabeza. No podía consentir tal caos, y menos si debía ir a la sala del trono. Encendió la luz que estaba situada encima de su espejo y comenzó a arreglarse. Mientras miraba las bombillas que la iluminaban frente al espejo recordó las explicaciones de Klaus sobre cómo funcionaban. La antigua civilización plegiana había dejado planos y material que las buscadoras de ruinas encontraron. Con todos esos conocimientos, hace varios siglos, comenzaron a construirse enormes depósitos de gas a presión en las fuentes de gas natural. Allí, el gas liberado movía turbinas, y éstas generaban la electricidad mediante energía mecánica con el movimiento de las hélices. Esa electricidad se almacenaba en torres de condensadores en serie. Todo ese complejo sistema era el que llevaba electricidad a la ciudad y al palacio de una forma más que satisfactoria. La gran Iglesia podía decir lo que quisiera de la civilización maldita, pero quedaba claro que no tenían un pelo de tontos. Otros países y ciudades-estado generaban electrici-

dad de forma distinta, pero Tilea fue pionero en el uso de los sistemas plegianos y pronto muchas de las demás naciones intentaron copiar su modelo energético.

Tilea era un reino de belleza e inteligencia, la música recorría cada rincón, el mercadeo fluía, y aunque hubiese algunos descontentos y algo de pobreza en las calles, su madre se encargaba de gestionarlo todo para que la mayor parte del reino fuese feliz.

Cuando Talis terminó de arreglarse, Klaus salió de la estancia y entraron las doncellas de cámara. Ellas ayudaron a vestirse a la princesa y a ponerse el corsé que llevaría bajo el vestido. Pudo pasar fácilmente una hora hasta que terminaron su labor y abrieron la puerta de los aposentos de la princesa para que Klaus la guiara a la sala del trono.

El camino por los pasillos del palacio estaba adornado por una hermosa y cuidada alfombra roja y dorada con intrincados dibujos en el diseño, retratos de las anteriores reinas, bustos de consortes guerreros y sus armaduras al lado, piezas de orfebrería exquisitas y esculturas que representaban leyendas, así como hermosos lienzos de la misma temática. Todo aquello adornaba el pasaje lleno de columnas desde el ala de la princesa hasta el centro del palacio donde estaba la sala del trono.

A la entrada había dos guardias, como siempre. Vestían armaduras de acero bruñido, casi como si fueran de plata. A la espalda llevaban las espadas, y en las manos rifles de asalto de los que las buscadoras de ruinas desenterraban. Lucían relucientes y terroríficos. Los disparos que emitían tales armas eran, además de ensordecedores, mortales.

En alguna revuelta del populacho, habían tenido que abrir fuego contra algunos disidentes, y el lugar donde les alcanzaban las balas quedaba destrozado, como si un cartucho de dinamita hubiera explotado ahí mismo. Era aterrador. Muchas veces Talis pensó que, seguramente, el motivo por el que acabó cayendo en desgracia la civilización de Plegia había sido por inventar la pólvora.

Al abrirse las puertas, Talis vio a su madre en el trono y a su padre en el trono del consorte, unos escalones más abajo de la gran escalera que subía al trono de Tilea. Su madre, como siempre, estaba radiante. Era hermosa, aunque ya mayor. Su vestido estaba adornado con joyas e hilos de oro y plata. Su cabello recogido en un enorme moño ayudaba a que la corona se encajase bien en la cabeza. Al ver a su hija, la reina hizo un gesto para que entrara. Miró a las demás



presentes, consejeras, militares y demás nobles acaudaladas que se encontraban en la sala. Al parecer deseaba discutir un asunto privado de gran importancia. Por sus sonrisas mientras se marchaban, todos sabían de qué se trataba. La fiesta de la cosecha se acercaba y ya estaba todo listo, pero seguramente faltaran los últimos detalles a perfilar. Y aquello era algo de lo que solo participarían madre e hija, y tal vez el consorte si la reina le tenía bastante aprecio. No fue el caso, pues el consorte Orgón salió de la estancia también.

—Mi querida Talis, ven aquí —dijo la reina Tendra cuando todos hubieron salido—. Hemos de preparar tu presentación en sociedad. Y por supuesto, elegir a tu prometido.

—Lo sé, madre. Pero aún no he recibido ninguna propuesta formal. Solo con regalos no puedo saber a quién escoger.

La reina Tendra la miró escéptica.

—Pero querida, claro que puedes. Esos regalos son una demostración de poder. Quien haya hecho el regalo más costoso, es el que más poder tiene, y por tanto, con quien debes casarte.

—Madre, sé que los regalos más lujosos indican mayor poder, pero hay regalos que me complacen más que el oro y las joyas —replicó Talis intentando no sonar demasiado directa.

—Tonterías. ¿No estarás hablando del joven conde de Dalm otra vez, verdad? Porque ya hemos tratado ese asunto. Él no será tu prometido.

—Pero madre, escuchadme, por favor. Es un buen partido. Su casa ha perdido algo de dinero, es verdad, pero me ha contado que han comprado nuevas tierras a las Fleitzbrick y que pronto recogerán la primera cosecha. En poco tiempo volverán a ser una familia fuerte, además...

—Ni se te ocurra decir que te gusta ese joven, Talis —la interrumpió Tendra—. Las Fleitzbrick les han vendido tierras baldías y muertas, las que ya no quieren ellas. La duquesa de Dalm es una inepta que no sabe llevar su territorio. Sus campesinas la abandonan o se rebelan. No consentiré que te cases con el hijo de una mujer tan inútil. Imagina cómo saldrían vuestras hijas. La siguiente en el trono sería una palurda de campo. No, gracias.

—No son palurdas de campo, madre. Tienen tierras de labranza y por ello la mayoría de la población de su región son campesinas, pero eso no significa que...

—Suficiente —volvió a interrumpir—. No quiero oír hablar más de las Dalm. No las quiero aquí y no asistirán a tu presentación.

Se quedarán en sus campos de cultivo y en su horrible pantano. Por otra parte, las Fleitzbrick sí que vendrán, así como las Furbrel y las Tomazsbern. Creo que son las tres familias que presentan a los mejores candidatos.

—Madre, Talus Furbrel es un mujeriego que intenta encandilar a todas las mujeres que puede. Un consorte ha de ser leal a su reina, no estar saltando de cama en cama. Las Tomazsbern tienen acuerdos comerciales con Joutbaim, y se rumorea que son más leales a su reina que a *nobis*. Además Julius Tomazsbern es un pelele. Y Richard Fleitzbrick es un pedante y un engreído. Ninguno es una buena opción, mientras que las Dalm siempre han sido leales siervas de la corona y de Tilea.

—Ese chico te ha lavado bien el cerebro, Talis. Voy a tener que empezar a controlar tu correspondencia. Sin duda es él quien te ha dicho esas cosas horribles de tus otros pretendientes...

—Te equivocas, madre. Albert es una buena persona que se preocupa por mí, porque yo sea feliz.

—Basta, esta situación es ridícula y no la voy a consentir. ¿Acaso no te das cuenta de lo que pasa? Los hombres siempre hacen lo mismo, Talis. Intentan impresionarte y atontarte para que te enamores de ellos, y si lo consiguen, estás perdida. No pensarás con claridad, y harás cuanto ellos quieran. Los hombres arruinaron a toda la civilización plegiana. Es para evitar que ocurra de nuevo que la diosa nos colocó a *nobis* en el poder. Si sigues por esos caminos, los hombres harán contigo lo que deseen. Recuerda que eres una mujer, no puedes permitir que un simple hombre nuble tu juicio.

—No es solo un hombre. Es un noble cuya familia es tan antigua como la nuestra, y además...

—Suficiente, Talis. Harás lo mejor para el reino, y no sé cuál de los tres pretendientes que he elegido para ti lo será, pero el que seguro que no lo será es ese Dalm. —Alzó la mano al ver que su hija iba a replicar—. No hay nada más que tratar de ese asunto. De la fiesta, sin embargo, sí. He hecho que confeccionen tu vestido. Te encantará. Es azul y violeta, como los reflejos del mar por la noche; irá a juego con el collar de amatistas que tu padre te ha regalado.

—Sí, madre... Seguro que será magnífico —dijo Talis rindiéndose ante la autoridad de su madre. No había mucho que pudiera hacer. Era la reina, nadie podía ir en su contra.

El intercambio de ideas se volvió mucho más como un monólogo de la reina ante su hija. Talis apenas intervenía ya, pues el

desánimo había hecho presa de ella. La iluminación, los adornos, las bebidas y la comida de la fiesta. Todo se acababa de volver gris y carente de importancia. Tenía que hablar con Albert cuanto antes.

Era el hombre de su vida y su madre no podía mirar más allá de la fortuna familiar. Era cierto que la familia real no pasaba por su mejor momento, pero todo tenía solución. Los nobles eran leales a la corona. Si solo subieran un poco más los impuestos podrían rellenar las arcas de nuevo y hacerlo todo mucho más fluido. La gente seguía viniendo a Tilea para vender sus productos. Su mercado era de los mejores de todo el continente.

Casi sin darse cuenta, la audiencia con su madre acabó y tuvo que salir de la sala del trono. Lo que la sacó de su ensimismamiento fue la voz de Klaus dirigiéndose hacia ella de forma amable, como siempre.

—Princesa, os acompañaré al patio.

Talis asintió despidiéndose de su madre con un asentimiento. Recordó que aquel día no tenía tareas que llevar a cabo. Ni siquiera costura, pintura o lectura plegiana. Era de esperar que la semana antes de su presentación en sociedad su madre le diese un descanso de sus actividades habituales.

Lo único que rompía el silencio mientras caminaba perdiéndose en sus pensamientos era el ruido de los pasos de ambos. Klaus iba por detrás de la princesa, en claro signo de respeto, aunque en aquellos momentos hubiera preferido que caminara a su lado para poder pedirle consejo. Y así, como por arte de magia, el mayordomo se adelantó y se situó a su misma altura, mirándola.

—Disculpad mi atrevimiento, princesa, pero creo que algo os aflige. ¿Deseáis compartirlo con este humilde servidor?

—Klaus —Talis lo miró agradecida—. Tú no eres un servidor. Eres de la familia. Prácticamente me has criado tú solo.

—Vuestras palabras me honran, princesa. No soy digno.

—Sí que lo eres, Klaus, confío en ti más que en nadie —respondió Talis.

—Entonces más motivos para hacerme partícipe de vuestras cavilaciones, princesa. ¿Qué os atormenta?

—Es todo por mi mad... la reina. Se supone que he de casarme con un pretendiente poderoso. Debe tener tierras, fortuna y tropas. Lo que yo quiera no tiene ninguna importancia. Parece que no le importa nada de lo que piense.

—No seáis tan dura con su Majestad. Se preocupa por vuestro futuro tanto como por el del reino —respondió Klaus intentando atemperar el genio de la princesa—. Si desea que Tilea siga siendo fuerte necesita reforzar los lazos con las familias nobles más poderosas. Es un movimiento político muy común.

—Ha estado diciendo que Albert es solo un hombre que quiere lavarme el cerebro. Que pretende enamorarme para hacer lo que le plazca y controlarme —el tono de Talis arañaba la indignación.

—Los hombres somos seres extraños. Ni siquiera *nobis* sabemos de lo que somos capaces cuando se nos presenta la oportunidad. Tened en cuenta las palabras de vuestra madre. Se preocupa por vos.

—No hables así, Klaus. Casi parece que fueras a traicionarme.

—Jamás, princesa. Pero os ruego prudencia y comprensión. Los jóvenes se controlan aún menos que los adultos. Tal vez ni siquiera el joven Albert sepa lo que quiere. Su mente hierve a esta edad y veros dispuesta a amarle puede alterar su juicio. La ocasión hace al ladrón, según dicen.

—Tus pensamientos son aún más siniestros que los de mi madre, Klaus. ¿Cuándo te convertiste en un acólito de la Diosa?

—Nunca, princesa. Sin embargo, conozco la oscuridad que habita en la mente de los hombres. Las mujeres también la tienen, pero son más fuertes para resistirse a ella.

—Siempre tan dramático...

—Prefiero pensar que soy realista, princesa.

—Claro, claro. Apresurémonos, quiero darle de comer a las aves de palacio.

—A vuestras órdenes, princesa.